

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

OCTUBRE-NOVIEMBRE
2025

EJEMPLAR GRATUITO



PUNTO
PILATES

AMORES 949,
BENITO JUAREZ,
03100, CDMX

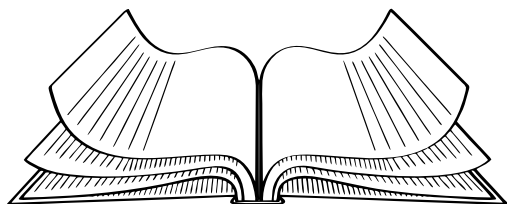
PILATES

NUEVO ESTUDION



Síguenos y
reserva tu clase





PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 58

www.porescrito.org

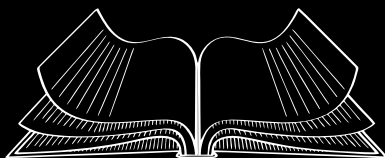




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Reflexión

Fernando Vega (†) 7

Prisma en soledad

Luis Mariano Salazar 8

Sin título

Manuel Jorge Carreón Perea 9

Sapindales (Allophylus-árbol de cocú)

Victoria López Pereira 10

Un bichito vanidoso

Simona Galdina 12

FIRMAS

¿Qué hace la abuela?

Cecilia Durán Mena 17

Gata del centro

Andrea Fischer 20

S(i)est(á)

Itzayana San Germán Cecaña 21

Takanawa: el místico barrio de los espíritus sintoístas en las entrañas de Tokio

Andrea Fischer 26

IMAGINARIO

Pirata es mi lazarillo en la depresión

Ignacio Navarro 33

Sin título

Santiago Hoyos 34

Nido geométrico

Itzayana SGC 36

Sin Título

Irina Tall 37

<i>Espectro de día</i>	
Ignacio Navarro	38
<i>Rezando</i>	
Charly Baz	39
<i>Fantasma briago</i>	
Ignacio Navarro	40

VOCES

<i>Posibilidades</i>	
Juan Manuel Bermúdez Ochoa	42
<i>Mi amigo el viento</i>	
Pato Soni Dillman	47
<i>Ojos</i>	
Simona Galdina.....	54
<i>El Auxiliado</i>	
Victoria López	57
<i>A ti, Emilio</i>	
Alejandro Avila.....	59

Hablando por escrito

Siempre me ha intrigado el poder de la palabra y esa ha sido la simiente de esta revista. Nos han dicho que a las palabras se las lleva el viento y la sabiduría popular raras veces falla. Creo que este es el caso. Hay veces que por más que soplemos y resoplemos, no habrá manera de que lo escrito y lo leído se desvanezca. Las palabras son signos, símbolos, imágenes incluso, pero también son conocimiento concreto y sueños, emociones, sensaciones y convicciones.

Saber que las palabras son poderosas es sumergirnos en una verdad incontrovertible. Saberlo es el conducto para emociones y sensaciones intensas. La fuerza que contienen es incommensurable. Un apodo nos define y en muchos casos nos acompaña a lo largo de la vida. Una idea se define por medio de vocablos, así pensamos los seres humanos. Dejarse llevar por ellas es entrar a un espacio que lo mismo provoca risas que lágrimas, que nos da certezas o nos siembra dudas. Nos forja identidad, criterio y, con suerte, destino.

Por eso, en Pretextos Literarios Por Escrito, valoramos las palabras por lo que nos hacen sentir, porque nos emocionan y nos hacen soñar: lo mismo cuando las escribimos que cuando las leemos. Es que lo que contienen los reglones nos transporta a otra dimensión, nos lleva a pensar en profundidad, a despertar a experimentar una comprensión súbita y honda de la esencia de algo. Al escribir y al leer nos dejamos conducir a una especie de revelación o momento de claridad que puede cambiar la perspectiva sobre una situación o un tema y, en ocasiones, de la vida misma.

El que escribe al igual que el que lee puede llegar a un instante de claridad. Es el ¡Eureka! de Arquímedes o el ¡Ajá! de cada uno de nosotros. Es el momento en el que una idea o un pensamiento nos invade. Abrimos mente, estómago y corazón y damos entrada a un entendimiento que hasta ese momento —antes de haberlo escrito o haberlo leído— no se tenía.

En un mundo en el que las personas nos preguntamos si la inteligencia artificial le ganará a la Humanidad, estoy segura de que la lectura viene a nuestro rescate. Y, quiero ser clara, es algo más que una sencilla tablita de salvación. Leer es el nombre de ese súper héroe, de ese protagonista que nos salvará y no es un eufemismo, es la verdad. Leer y escribir, en vez de copiar y pegar, nos hace pensar.

Se activan áreas del cerebro que pueden estar adormecidas. Usamos nuestra capacidad cerebral. Sabemos que una persona promedio usa un porcentaje muy reducido de la potencialidad de la masa gris. Una forma de activar esos circuitos es leyendo y escribiendo.

Esto es así, porque la lectura y la escritura activan la curiosidad. Lo mejor que nos puede suceder es quedarnos atrapados por algún tiempo entre las palabras de un texto, sentirnos absortos por la lectura. Entender un término, dominar una fórmula, aprender una lección, saber si el protagonista logró su cometido, si la heroína alcanzó la meta, si los personajes se volverán a ver o si vivirán felices para siempre es la recompensa que nos otorga la lectura.

En este afán de seguir atrapando lectores y escritores para nunca dejarlos ir, llenamos estas páginas de esos motivos que nos lleven a entender, a experimentar y a sentir. Con ustedes, el número 58.

Reflexión

Fernando Vega (†)

Si lo que sientes es amor... Ofrécelo
Si lo que ofreces es perdón... Cúmpelo
Si lo que cumples es sufrir... Olvídalo

Pues olvidar es más justo que sufrir
Y el cumplir es más limpio que el perdón
Y el amor, todavía lo puedes ofrecer.



Ilustración por Diana Sánchez

Prisma en soledad

Luis Mariano Salazar

¿Por qué fuera de ti vivo sediento?

¿Por qué si estás ausente no sonrío?

Me falta la mitad si no te siento

y sin tu calidez muero de frío.

El tiempo al transcurrir parece lento,

extraño el respirar que ayer fue mío,

se torna casi gris cada momento

si no escucho tu voz y más sombrío.

Soy esfinge de luz que vaga al viento,

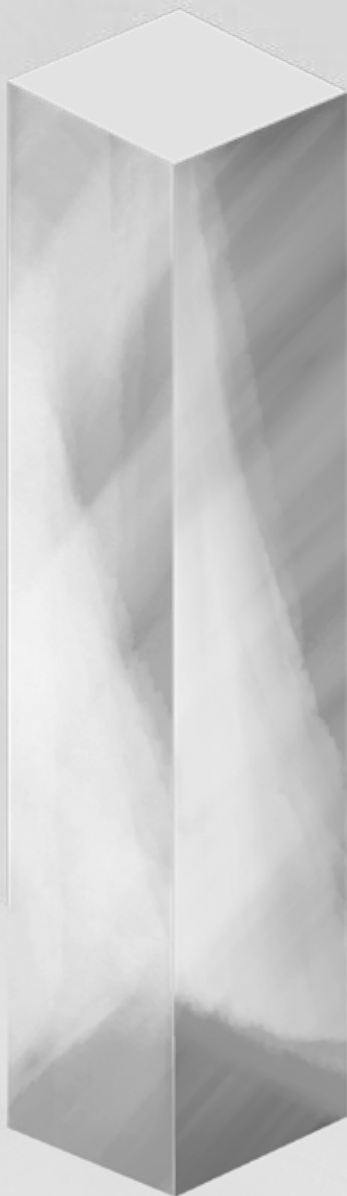
cíclope a la deriva sobre el río

como torvo animal, sin alimento

un muñeco sin paz, sin albedrío.

Si no estás soy un piélago opulento

que padece tu ausencia hasta el hastío.



Sin título

Manuel Jorge Carreón Perea

Un momento de tristeza
se diluye en las horas
recordando la belleza
con los cantos de las olas.

En el instante perpetuo caen gotas
y en la soledad surge el camino
que acercan al niño a las gaviotas
que vuelan sobre el que abandonó al amigo.

Infancia perdida,
vida vacía
sueños eternos
de pobres pasajeros.

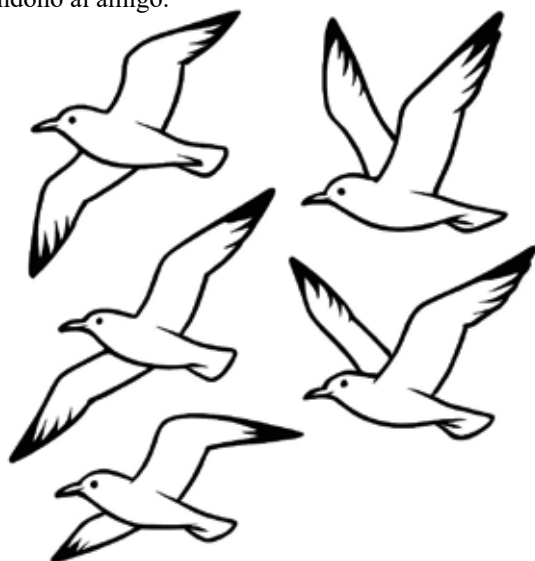


Ilustración por Juan Pablo Mena

Sapindales (Allophylus-árbol de cocú)

Victoria López Pereira

Verdes hojas que tiemblan ante el silencio,

silencio,

que grita en el alma del hombre,

que naufraga entre el presente y la incertidumbre,

como espectro del invierno.

Todo lo habita el tiempo,

Tiempo

que se burla de las tristezas,

de las alegrías, de las proezas.

Locuaz, sereno y perseverante

Se yergue este árbol danzante,

De los vientos voz cantante.

Un trío de aves grises, vivas

rinden homenaje al nonato,

que su vuelo ha soñado:

No ha visto el cielo, no será.

Muerte,





Es seguir alzando alas en otras dimensiones

entre mares de materia oscura,

Suerte,

no es en este mundo una causalidad existente,

por ello:

Quiero beber de tu sabia

Sentirme omnipotente,

Llenarme de la energía de la luna,

Que en ti duermes.

Quiero mover gravedades en mi vida,

Doblar el tiempo y el espacio. Volver,

Naciente.

Ilustración por Diana Sánchez

Un bichito vanidoso

Simona Galdina

He ahí un bichito vanidoso;
velo al pobre, su vida tan triste.
No tiene rumbo y no tiene chiste,
mas se cree el todopoderoso.

Su juego le ha dado ese gozo,
pero la realidad lo embiste.
A él no le importa, él insiste;
ignora lo que cree espantoso.

Es sordo ante bramidos de dolor,
cubre boca y ojos con su mano,
tapa la nariz, evita el olor.

Evita la verdad: es un gusano.
Teme al olvido, su mayor horror.
No eres nada, pobre ser humano.





Revista *Por escrito* te invita a sus talleres y cursos:

**CURSO DE
APRECIACIÓN
LITERARIA**

**TALLER DE
ESCRITURA
CREATIVA**

**CURSO DE
ANTROPOLOGÍA
LITERARIA**

**TALLER DE
LECTURA**

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

¿Te gusta escribir desde
lo tético?



TE INVITA A SU NUEVO TALLER DE ENSAYO:

ESCRIBIR LO SINIESTRO

Ensayar
el terror desde lo cotidiano

INICIO OCTUBRE DE 2025

MÓDULOS:

1. Anatomía del miedo
2. Monstruos, sombras y metáforas
3. El suspenso como estructura
4. Voces del abismo
5. El ensayo como exorcismo

Impartido por:

Dr. Fernando Montoya



Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Deusto.

Miembro de la mesa de arbitraje de *Por Escrito*.

HORARIO:

5 CLASES

SÁBADOS

**de 11:00 a.m. a
12:30 p.m.**

**Constancia y
publicación en la revista**

**Modalidad:
virtual y presencial**

¿Te interesa?

 **contacto@porescrito.com**

 **55 7378 8336**

A woman with wavy hair is shown in a yoga pose, leaning forward with her arms extended. The image is in grayscale and serves as a background for the text.

BODAI
YOGA

Eleva tu práctica

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.

RESERVA

A través de tu plataforma de preferencia

Fitpass, Gympass, TotalPass

WA: 55 5217 0047

@bodaiyoga

¿Qué hace la abuela?

Cecilia Durán Mena

¿Qué hace la abuela, Rino?, le pregunta la madre al pequeño que está sentado sin hacer ruido junto a la mamá de su mamá. Nada, 'amá. Dice que está viendo la transmisión de la velación de uno que fue amigo de ella, cuando ella fue a la universidad. ¿Qué dices, niño? La madre se acerca a ver que hacen nieto y abuela, solo para verificar si Rino dice la verdad o si otra vez está haciéndose el chistoso.

Los ve sentados en el rincón, anonadados frente a una imagen que le devuelve la pantalla. Ni la mujer ni su nieto parece que se quisieran perder detalle de lo que está pasando, aunque no parece que haya mucha acción. Rino inclina la espalda hacia adelante para alcanzar a ver. La abuela se calza los lentes para lo mismo.

Es verdad, en el canal digital aparece la proyección de una sala tan blanca que muestra en el centro un féretro color perla. ¿Qué es eso que ve, 'amá? Ya te lo dijo Rino, es el funeral del Rollo Brunel que fue mi amigo en la universidad. Míralo nomás, ahí tan solo. No están ni su esposa ni sus hijas ni nadie que lo acompañe. No fueron ni sus hermanos ni sus primos ni sus sobrinos. No veo a todas las topas de gente que siempre lo rodeaba en sus fiestas y sus festejos. Los Brunel eran una familia grande y muy importante. Él que fue un hombre tan carismático, tan amiguero, tan bueno y ahorita está tan solito sin que nadie le prenda una vela ni diga una oración. Ay, el Rollo Brunel era una muy buena persona.

¡Ay, 'amá! Es lo de siempre, todos los muertos son buenos, ¿o, no? La hija se seca las manos mojadas en el delantal de tela con dibujos de limones ombligones y se sienta al lado de Rino y de su madre para mirar lo que ellos ven. Mira, no sé si todos los muertos llegada su hora son buenos, el Rollo Brunel sí era. Pero mire, abue. Solo, solo, lo que se dice solo, tampoco está. Fíjese. Hay muchas personas que están siguiendo la transmisión. 'Amá, yo digo que la abuela sí dice la verdad porque



hay un montón de gente conectada al evento. No, pues sí. De que hay gente, hay. Hay mucha.

¿Cuál mucha?, pregunta la abuela, está solo, ¿no lo ven? La mujer les lanza una mirada que los quiere hacer entender que no están entendiendo nada o que ellos ven una cosa y ella otra. Bueno, abuela, la sala está sola. Pero, también hay muchas condolencias en las redes sociales, mire. Rino le muestra a la abuela la cantidad de comentarios, de interacciones y de condolencias que están en el chat del canal que transmite desde la funeraria el velorio del Rollo Brunel. Oiga, abuela, ¿el evento es privado o abierto?

No entiendo lo que me estás preguntando Rino. Si, digo, ¿cualquiera puede acceder o tuvo que ingresar una contraseña para entrar a la transmisión? Ah, ya te entiendo. Me mandaron un código con siete números. Ah, vaya. El velorio es un evento cerrado. Ah ¿sí? ¿Qué es eso? Eso es que es privado. Me dejas en las mismas, Rino. Eso es que no cualquiera puede entrar, solo los que tecleen esa contraseña. Mira, tú. La abuela suspira tan hondo que parece que les va a robar el aire que todos respiran.

Antes, la gente acompañaba a los deudos. Hace no tantos años, los amigos y familiares iban a despedir al difunto a la agencia funeraria o a su casa. Le rezaban oraciones por el eterno descanso y, llegado el momento, acompañaban a los dolientes al panteón a darle sepultura al muerto. Hoy, ya casi nadie entierra a sus muertos. Ahora, ya nadie acompaña, ni el difunto recibe flores ni velas y creo que ya son muy pocos los que piden por su eterno descanso.

Mire, 'amá, no está tan mal. Véale el lado bueno. Ahora con los adelantos de la tecnología ya no hay que salir de la casa para expresar solidaridad, validación social y acompañamiento. En muchos casos, se forman redes de apoyo. Además, la verdad, la verdad, estás nuevas tendencias ayudan a que los funerales ahora sean algo más limpio. No tienes que estar expuesto a los gases del muertito, a los olores. La tanatopraxia ha mejorado, es más eficiente, menos traumática.

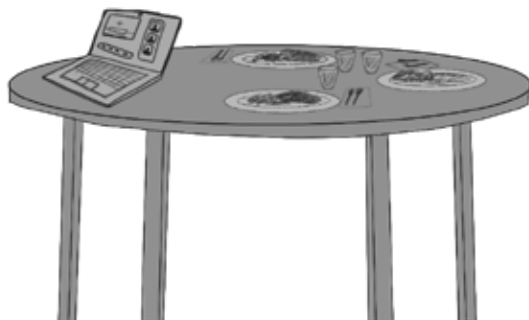
La ¿tanato qué? Tanatopraxia, 'amá. Y con las nuevas políticas de compostaje humano, se daña menos el medio ambiente. Todo es más limpio, más rápido y mucho más eficaz. Con la hidrólisis alcalina, se da un proceso sin emisiones contaminantes ni impacto en la calidad del aire. Mira, hija: antes eso del compostaje era para las mascotas, el cuerpo humano tenía otra dignidad. ¿Es posible que eso se haya perdido?

Antes, antes, antes, 'amá. Ya vamos a empezar con las nostalgias de los tiempos idos. También los avances digitales nos hacen posible aprovechar estas ventajas. ¿Cuáles ventajas, hija? Pues, piénselo. El funeral de su amigo el Rollo Brunel lo pueden ver más usuarios de forma ágil, masiva y personalizada. Por fin, ¿masiva o personalizada? Y, ¿para qué quieres un servicio funerario ágil? Rino ve a su madre con atención, espera a ver qué es lo que le va a contestar a la abuela.

Siempre es lo mismo cuando hablamos de transformaciones, usted se resiste al cambio y eso no es posible. Es mejor fluir. ¿Fluir? ¿Fluir a dónde, hacia la muerte? No, 'amá, no tuerza las cosas. Fluir, porque, así como todo el mundo se ha transformado, la industria funeraria ha evolucionado notablemente, como ha sucedido con otro tipo de negocios.

La abuela deja de escuchar a su hija. Mira a la pantalla y se pregunta si la imagen del ataúd será verdadera o si se tratará de una representación virtual, una imagen de mentiritas. Atrás quedaron los tiempos en los que hubo establecimientos que vendían cajas de muerto, alquilaban pedestales y candelabros para las velaciones en casa. Ahora, los servicios son una especie de representación exequial con todos los elementos tecnológicos involucrados.

Rino mira a su abuela: ¿qué siente, abue? Ay, m'hijo, la mera verdad, no sé ni qué decir. Hace rato, tu madre te preguntó ¿qué hace la abuela? No sé. No sé qué hace la abuela, no sé si estoy acompañando a alguien, si no hay nadie del otro lado o si, la mera verdad, me estoy haciendo la tonta. La abuela hace el ademán de querer apagar la pantalla. Madre e hijo la detienen. No, abuela, no haga eso. Se vería muy mal que apague esto antes de que acabe el evento. Déjela prendida y si quiere, mientras nos vamos a comer. ¿Cómo ve?



Gata del centro

Andrea Fischer

la vida de tienda es aburrida
los días de verano invitan a estirarse profundo:
la lluvia espanta a los clientes y
solo veo a la gente pasar
debajo de paraguas
chamarras pesadas

los días de sol inundan de un bochorno insoportable adentro
asumo que es porque hay
demasiadas cosas en las estanterías

tiendo a acostarme ahí
para esperar el sueño
luego me levanto y
de un salto aterrizo en el piso de mosaico
que podría tener 500 años
pero mamá ha cambiado tanto que dejó esa historia craquelada
hace años puso un ventilador en el techo
ya no sirve

la tienda huele a polvo y olvido
pero ya se siente nuestra
en ocasiones todavía viene gente y
me acarician la cabeza
yo llamo a mamá con una voz suave
para que me dejen en paz



Ilustración por Brenda Terán

S(i)est(á)

Itzayana San Germán Ceceña

Una luz en ángulo recto rompe con la oscuridad del interior de la casa cuando me dispongo a entrar. Ya me aburrí de los colores de la sala, tal vez los cambie pronto, me agrada que así la casa mantiene cierta iluminación, pero a costa de esa tristeza en el ambiente que ya empieza a ser abrumadora. La caminata hasta la cocina hoy me parece eterna, casi como si el refrigerador se alejara de mí esperando que no asalte su interior. Un par de sombras intentan obstaculizar mi camino, pero no les presto mucha atención, tengo hambre y siento que si dejo de verlo el refrigerador en verdad desaparecerá.

Por fin alcanzo la manija y ahora, haciendo el efecto contrario a la entrada de la casa, una luz me invade la mirada empezando con un ángulo recto. Está lleno, hay de todo, pero tampoco hay nada. Cada que extiendo el brazo para tomar lo que sea siento que me detienen el codo y me lo llevan hacia atrás, casi se me cae la bolsa al resbalarse desde el hombro en ese tercer intento por llevarme algo, pero solo se me queda el frío. Dejo la bolsa en la barra de la cocina y sigo el impulso de mi codo por alejarme de ahí.

Regreso por donde venía y las sombras se han ido, me dejan caminar en paz. Viro hacia mi derecha esta vez y siento un pesar en el hombro, debo dejar de llevarme trabajo a la casa que de cualquier modo no haré. Solo quiero dormir, pero no sola, hace mucho que no logro dormir cuando no hay más peso en la cama que el mío. Espero que llegue pronto, aunque sé



que a su día laboral todavía le quedan dos horas antes de poder encontrarse con la casa.

Abro la recamara y se siente más frío que de costumbre, casi como si hubiese abierto el refrigerador otra vez, debe ser el cansancio. Me parece chistoso como el cuerpo exige descanso haciéndote propenso a las comodidades de una cama. Una de las zapatillas me abandona justo en el marco de la puerta y la otra solo me resiste un desplante más y se queda junto al tocador. Ahí veo, una vez más, que mi marido otra vez dejó el cepillo fuera de su lugar y con todos esos cabellos ya de una semana ahí dándole calor a las cerdas. Los hombres de verdad creen que porque tienen el cabello corto no se nota que se les cae igual o peor que a nosotras. Los quito, los hago bolita y los dejo caer en el bote de basura que está justo a un lado, no puedo evitar voltear los ojos en el proceso.

Cierro la persiana de la ventana y por fin me encamino hacia la cama. Me pensaba cambiar a la pijama, pero me siento tan atraída al colchón, casi magnetizada al mismo que ya no me importa que se vaya a molestar por su regla de no usar ropa de calle en las sábanas. Estamos a mano por dejar así el cepillo. Solo alcanzo a vaciar los bolsillos, unas cuantas monedas, un ticket de estacionamiento y el celular se deslizan de mi mano a la mesita de noche. La pantalla se ilumina, no hay notificaciones, solo una foto nuestra de aquella vez en la boda de su primo, todavía no tenía el cabello así de largo como lo tiene hoy, todavía no dejaba el cepillo enmarañado por todos lados.

Por fin me dejo caer en la cama y que las almohadas se acomoden a su propia voluntad. No me he terminado de acomodar cuando los parpados se rinden y se dejan caer. Siento cómo estoy a punto de desvanecerme en el mundo de los sueños cuando escucho a lo lejos el repiqueteo metálico de unas llaves, seguido de unas pisadas contundentes con el eco de sus botas de diario. Intento abrir los ojos, pero no hay manera, están sellados del mundo.

—Amor, llegaste temprano, ven acuéstate conmigo.

El rechinado de la puerta me recuerda que le pedí hace dos semanas que engrasara las bisagras, pero ahora no importa solo quiero que durmamos un rato juntos.

—¿Cómo salió todo? ¿Pudieron resolverlo?

La cama se hunde del otro lado y casi al instante siento que me invade la angustia. Los parpados siguen en toque de queda y cuando intento voltear mi cuerpo hacia él para abrazarlo me detiene mi propio peso.

—¿Tan mal, eh?

Su peso se empieza a desplazar de mi costado y siento como empieza a gatear sobre mí, no puedo evitar soltar una risita que desconozco un poco. Supongo que me molesta que no me conteste, pero también tiene mucho que no inicia ese tipo de jugueteo, casi desde que éramos novios. Abro la boca para preguntarle ¿qué hace?, pero me da miedo que eso lo haga detenerse. Solo me rio y él deja caer su peso completo sobre mi cuerpo, él suelta un quejido tan leve, tan suave que me invade la ternura.

—Por lo menos te dieron la tarde libre.

No sé si es su cuerpo o lo pesado del silencio, pero me siento tan hundida en la cama, casi enclaustrada en ese colchón. Intento quitarme, escurrirme un poco hacia el lado, hacia abajo, pero soy completamente cautiva de su peso.

—¿Amor?

—Mhummm...

No suena como una afirmación, ni como un quejido, ni como nada realmente. No sé qué tiene, mi mente corre al peor escenario ¿y si lo despidieron? Lo único que puedo mover son los brazos y espero sea suficiente para calmarlo, lo abrazo. Rodeo su espalda baja, desfajo su camisa y meto mis manos, por lo general siempre se queja de lo frías que están, pero esta vez es su piel la que congela. Quito las manos en un segundo, sigo acariciándolo por encima de la ropa, mis manos van subiendo lentamente, cuando estoy por llegar a su cuello me detengo, no quiero sentir ese frío de nuevo; me lo salto para acariciar su cabeza. No hay pelo.

El tacto es tan frío que quema. Ya ni siquiera se siente como piel, no hay folículos, no hay ningún indicio de circulación de sangre, de nada vivo, intento quitar las manos, pero la única respuesta que me dan mis

dedos es apretar, es como una plastilina dura que se hunde y se siente pegajosa desde el interior, una arcada se empieza a formar en la boca de mi estómago. No sé si estoy paralizada por el miedo, por el frío o porque mis pulmones están tan aplastados que ya no puedo respirar.

—No.

En un instante se vuelve tan evidente que me reprocho no darme cuenta antes que este peso encima mío, este cuerpo sofocante, no es de mi esposo. No es ni siquiera un cuerpo, pero no se cómo nombrarlo, es precisamente eso: un peso, una fuerza ejercida hacia el fondo del colchón que me engulle, que intenta atravesarme. No es un cuerpo, pero se disfraza de uno y el asombro me invade tanto que, por un segundo, dejo de tener miedo, dejo de intentar dar respuestas, dejo de culparme por no ver, o mejor dicho sentir, lo obvio; dejo de llevar oxígeno a los pulmones y el asco vuelve.

La calvicie al tacto de mis dedos me pone a sudar, las gotas se forman por mis hombros y casi logran subir al encuentro del abrazo, pero no. Se forma humedad entre mi cuerpo y el suyo, desapareciendo así ese mínimo de distancia que existía, creo que mis poros se resisten, pero al final se funden mi sudor y su frío cuerpo que ya dejó de producir cualquier tipo de movimiento, no quedan ni los reflejos involuntarios que debería, no hay sube y baja del pecho ni latidos acusantes de vida en este cuerpo transformado en mi prisión. Las manos ya no me responden se quedan petrificadas clavándose en su cabeza sin cráneo, las detengo bajo el temor de reventar la piel y que mis uñas descubran lo que sea que se encuentre adentro.

La cama se ha vuelto una arena movediza, hay tanto peso sobre mí que no logro articular un solo espasmo, pero el peso me sigue empujando hacia abajo, los muslos no tienen peso, pero ya no los siento, se me desaparecieron. El silencio se vuelve tan viscoso que ya no escucho mis quejidos, creo que podría abrir la boca, creo que podría gritar, pero corro el riesgo de darle paso a su piel de entrar en mí.

Escucho las llaves, el sonido es tan filoso que corta directo a mis tímpanos, escucho la cerradura y el alivio me invade tan fugazmente cuando mi cuerpo por fin confirma que este peso encima no es mi esposo, no es nadie realmente, creo que podría moverme, pero y si sí es él y si sí está aquí conmigo y si no puedo regresar de esta cama que me reclama como suya. Abro la boca y no me invade nada, no me

ahoga nada, pero no hay voz, no hay estruendo, no hay ni un dejo de grito ahogado, tampoco hay aire. Poco a poco siento el cuerpo emerger, no hay fuerza, pero hay intención, un poco de temblor, él cede y los músculos respiran hondo para pelear.

—Amor, ¡ya llegué!

El peso se suelta por completo otra vez, en seco sobre mí y ya no hay margen de respuesta. Abandono toda lucha, con la esperanza de que cuando caiga pueda hacer un poco de espacio para mí y justo ahí siento su cabeza guiar mis manos incrustadas hacia mi hombro, es tierno como se coloca, se direcciona y a mi oído lo congela un susurro que se cuela hasta el cerebro.

—Shhhhh...—exhala.

Los ojos empujan a los párpados por última vez, no ceden y recuerdo que al final no solo los vivos exhalan.



Ilustraciones por Diana Sánchez

Takanawa: el místico barrio de los espíritus sintoístas en las entrañas de Tokio

Andrea Fischer

Al término de una noche de 15 horas, llegamos al Aeropuerto Internacional de Narita. Después de tanto tiempo de estar sentada, las piernas se entumen, como si quisieran imitar la levedad de las nubes. Cuesta trabajo bajarse del avión. En especial, porque la hora local marca las seis de la mañana, y el sol está radiante. Venimos de varias horas de escapar de él, y ahora, brilla con insistencia sobre el cielo japonés.

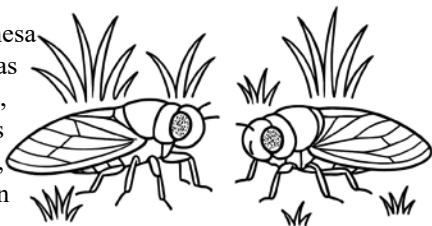
Narita es una localidad pequeña a las afueras de Tokio. Con apenas 131 mil habitantes, según los registros del gobierno local, “es la puerta de entrada del mundo a Japón”. Sobre todo porque, generalmente, la gente toma el transporte a la capital desde ahí. No fuimos la excepción: tomamos un taxi e hicimos hora y media hasta el hotel.

Ubicado en la ciudad de Minato, al interior de Tokio, el Grand Prince Hotel se levantó en medio del silencio residencial capitalino. Se llega fácilmente a través de un viaducto maquillado de plantas y del reflejo de las ventanas. Al menos tres personas nos reciben, sin dejar de gesticular palabras de bienvenida. Intentamos hablarles en inglés, pero nos responden con ánimo en su propia lengua. De no ser por la aplicación de traductor, posiblemente no podríamos comunicarnos con el personal. Así nos recibe Tokio una mañana de verano.

Canto de cigarras

Como es tan temprano —apenas las 9 de la mañana—, no fue posible hacer el check-in. La persona en el front desk nos sugiere caminar alrededor, porque hay parques locales y espacios de oración budistas. Todo está a unos pasos, según nos enseña en un mapa impreso, máximo a 10 minutos caminando. Decidimos seguir su consejo, y salir a explorar los alrededores.

“La tradición religiosa japonesa se compone de varias ramas principales”, escribe Paul Watt, profesor de Estudios Asiáticos en la DePaw University (EEUU), “incluido el sintoísmo, la religión



más antigua de Japón, el budismo y el confucianismo.” La primera de ellas, el *shintō* (神道), es una creencia animista, cuyo fundamento está en que todas las cosas que existen tienen esencia, o alma. Por lo cual, se venera a múltiples deidades y espíritus, cobijados bajo la categoría *kami* (神), que existen en la naturaleza. Yo quería verles en persona.

Aunque es miércoles por la mañana, las calles están vacías. Los comercios están abiertos, pero sin clientes. Es julio y se siente: hace un calor de 27°C, que se entreteje con el arrullo de las cigarras, típicas de la época estival. Los Juegos Olímpicos están por empezar esta semana: es 2024 y París será la anfitriona este año. Las primeras imágenes pasan en las televisiones de los comercios, que se pueden ver desde la acera.

“En Tokio hay poco espacio para ver las nubes”, dice mi hermana, mientras se seca el sudor y busca entre los rascacielos. Y en parte, tiene razón: los edificios, largos y orondos, casi no dejan lugar para que respire el cielo. En las avenidas principales, al menos, es difícil distinguir los límites entre una construcción y la otra, como si fueran un continuo de reparación sobre reparación. En Takanawa, sin embargo, no es el caso.

Bajo la insistencia de Amaterasu

En la religión sintoísta, una de las deidades más poderosas y veneradas es Amaterasu: la diosa-niña del disco solar. A diferencia de otras culturas, los japoneses le dieron el rostro de una niña pequeña a aquella que gobierna al Sol. Su historia quedó registrada en el Kojiki, el ‘registro de los asuntos antiguos’, según lo traduce el Ministerio de Turismo de Japón. Su nombre se compone de dos kanji, o iconogramas: *ama* (天), “la que brilla”; y *terasu* (照) “desde el cielo”, o “desde las alturas”.

Pareciera que Amaterasu desfilase a través de la bóveda celeste con toda su potencia durante el verano. El sol es tan insistente, que es común que las personas que visitan el país sufran de insolaciones severas. Más aún porque, a causa de la crisis climática global, “Japón se enfrenta a su verano más caluroso registrado” en la historia reciente, documenta *The Japan Times*.

No lamenté seguir la recomendación de la arquitecta Misaki Matsuda, quien me sugirió echar mano de las bebidas energéticas en las máquinas dispensadoras. Sobre todo las que tienen suplementos iónicos, me dijo, como Pocari Sweat. Generalmente están frías, y hacen la diferencia entre tener un golpe de calor y aguantar la temperatura.

A la sombra de swastikas rojas

Takanawa es una colonia residencial sapicada de templos budistas. En un radio de unos 2 kilómetros, hay unos 20 espacios de oración locales. Solo a unas 5 cuadras a la redonda del hotel, hay 5. Nos propusimos visitar todos:

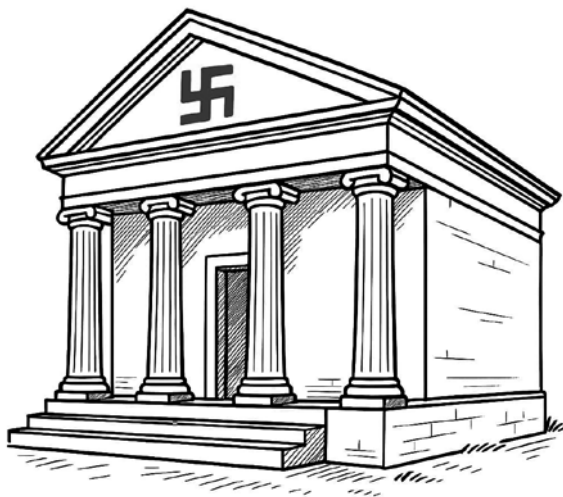
- Templo de Shingenin
- Templo de Touzen
- Templo de Enpuku
- Templo de Kohuku
- Templo de Koyasan Tokio

Cada punto está marcado por una *swastika* roja. Mucho antes de convertirse en un referente del genocidio del partido Nacional Socialista durante el Tercer Reich, éste era un símbolo de buen augurio para el budismo. En la iconografía de varias culturas asiáticas, representa la rueda del *karma*: el ciclo interminable de consecuencias que tienen nuestros actos, y que dejan una huella en el alma de las personas.

“Cada una de nuestras acciones, físicas, mentales o verbales,” explica el Himalayan Institute, “crea una impresión [...]. Todo lo que hacemos se almacena en el alma en forma de impresiones sutiles”. Estas impresiones se reverberan a través del ciclo de la reencarnación. Por eso, la aparición de una *swastika* en un entorno budista no apela al nazismo, sino a un continuo renacer en el plano terrenal.

Takanawa y sus espíritus

Llegar a los templos no es complicado. Basta con poner el nombre en Google Maps, y la aplicación marca el camino. El problema, en realidad, es el calor: a casi 40°C, es imposible no terminar con la ropa completamente húmeda de sudor. En casi cada cuadra, sin embargo, hay máquinas dispensadoras con té, agua y electrolitos, que no pasan de los ¥150. Esto se traduce a 18 pesos mexicanos.



Conforme las nubes sobrevuelan los rascacielos, el Sol cede y es más fácil caminar. Es casi como un peregrinaje no intencionado: subir las callecitas empinadas; perderse en los nombres de las calles escritos en *hiragana*, o los iconogramas típicos del japonés; devolverle la mirada a los locales, extrañados por ver gente de Occidente en un lugar no turístico.

Hicimos una parada en el Templo Koyasan Tokyo Betsuin, uno de los más grandes de Takanawa. Construido en la era Keicho (entre 1596 y 1615), se estableció como el lugar de trabajo de los monjes budistas dedicados al estudio. Durante su apogeo, se convirtió en el referente para practicar el culto Daishi, así como de negociación de asuntos políticos: “se negociaban asuntos generales con el gobierno Tokugawa y se utilizaba como *furegashira*, un templo designado por el gobierno”, documenta el gobierno de la Ciudad de Minato en Tokio.

Así como los templos cristianos, los espacios de oración budistas tienen una especie de atrio. Un arco del siglo XVI da paso a un camellón amplio y limpio. Para los japoneses, este tipo de estructuras marcan un límite: el pasaje entre el mundo terrenal y el de los espíritus. A la derecha del pasaje, se enfilan al menos 25 Buddhas, o seres que alcanzaron la iluminación. Seguramente, en orden de aparición. Cada uno tiene sus inscripciones sagradas inscritas en piedra, sobre la columna que les sostiene. A la izquierda, un mausoleo al aire libre. Es probable que ahí se encuentren los restos de los monjes que han pasado por el Koyasan Tokyo Betsuin. En el rabillo del ojo, incluso se aprecian sus sombras sobre el pavimento.

“Éste no es un buen lugar para que estén ustedes”

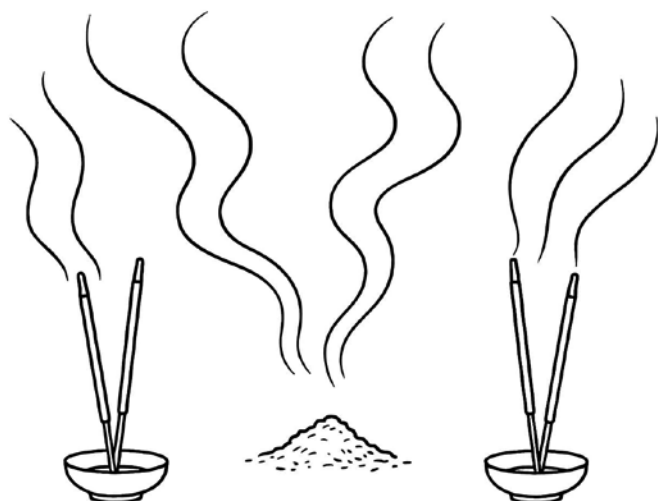
Al fondo, del lado izquierdo, se encuentra el ‘convento’ donde estudian y viven los monjes budistas. Entramos por error y caminamos hasta el lugar de oración privado, donde uno de ellos amablemente nos pidió que nos retiráramos: “Éste no es un buen lugar para que estén ustedes”, nos dijo en inglés. Salimos de inmediato.

Una vez afuera, nos dimos cuenta de que el templo abierto al público está en el edificio más grande del complejo religioso. Es una estructura a dos aguas, con terminados respingados en los techos de cobre, según la tradición sintoísta. En todo el archipiélago, según *World History Encyclopedia*, hay unos 80 mil templos que siguen la estética shintō. Aunque varían según la región, la esencia se mantiene la misma. Además de una señora mayor, éramos los únicos en el espacio.

Decidimos entrar.

Al interior, hay varias hileras de sillas plegables, que dan al altar principal, donde hay un Buddha y varias reliquias doradas. A diferencia de los templos barrocos católicos, los espacios de oración de esta corriente arquitectónica son sobrios y elegantes: las columnas —hechas de madera de ciprés Hinoki (*Chamaecyparis obtusa*)—, están pintadas todas de negro, para resaltar los ornamentos dorados sobre las paredes y techos.

Candelabros, talismanes, tablones de oro con bendiciones en japonés: todo tiene su espacio, sin estorbarse. Al fondo están las reliquias, en un espacio al que no pueden acceder las personas de a pie. A los costados del altar principal, en la parte trasera, hay otros dos altares pequeños. Sobre una mesa, hay una inscripción que invita a los visitantes a encender una varita incienso. Tal vez, a elevar una plegaria. Aunque no hay ninguno encendido, huele a incienso y a tinta. Solo entonces, después de horas de caminar entre el bullicio tokiota, permito que el silencio del santuario me inunde.



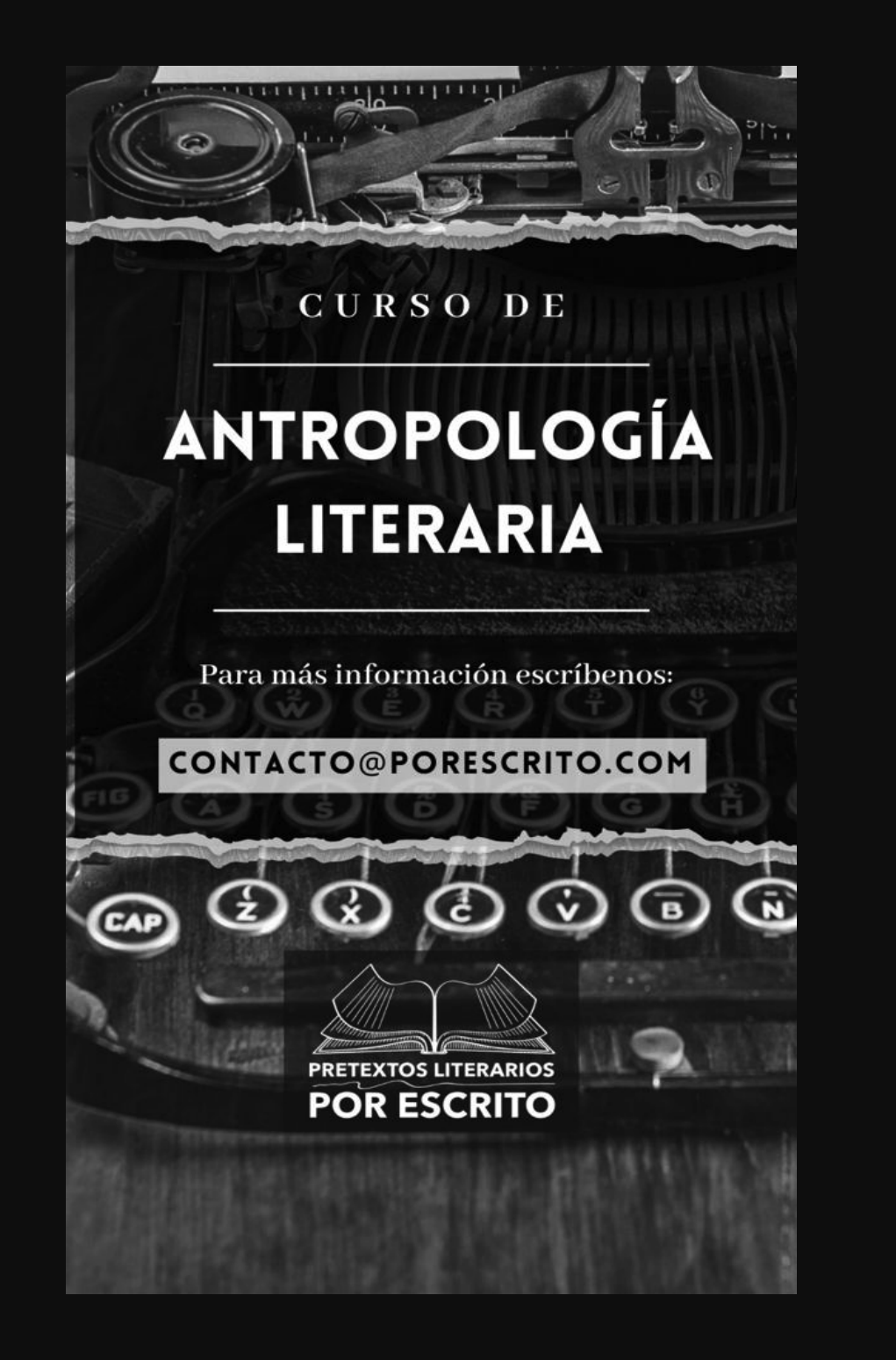
Revista *Por escrito* te invita a su
curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



Para más información
escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM



CURSO DE

ANTROPOLOGÍA LITERARIA

Para más información escríbenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM





Pirata es mi lazarillo en la depresión, Ignacio Navarro





Sin título, Santiago Hoyos



Nido geométrico, Itzayana SGC



Sin Título, Irina Tall



Espectro de día, Ignacio Navarro



Rezando, Charly Baz



Fantasma briago, Ignacio Navarro

¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!



TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Para más información escríbenos:



CONTACTO@PORESCRITO.COM

Posibilidades

Juan Manuel Bermúdez Ochoa

Ella no tiene nombre. Solía tenerlo. Ahora no son más que letras. Sin orden, sin significado. Ella trata de recordarlo, pero es inútil. Está pérdida. Es tarde, es de noche. No hay señal de dos luces acercándose. No las habrá. Seguirá esperando. Y esperando. Pero no llegará.

Es inusual, debido a que es la ruta ordinaria. La que siempre toma. La que nunca falla. Es cierto, no es la misma hora. Debe de ser eso. Esa es la razón. Sin embargo, no es culpa suya. Se retrasó. Su amiga vomitó, no podía abandonarla en ese estado. Tuvo que esperar a que los padres vinieran a recogerla. Debió haberse ido con ellos. Aceptar su generosidad. Pero no lo hizo. Y ahora es tarde. Muy tarde. Demasiado tarde.

La oscuridad la rodea, el silencio la ahoga. No tiene miedo, finge no tenerlo. El reloj marca una hora. Treinta minutos previos a medianoche. Varias llamadas perdidas de su madre. Tarde para devolverlas. Su madre ahora duerme. O así quiere creerlo. Así que no marcará para dejar que descanse. Es mejor no despertarla. No debe preocuparla. Lo último que necesita es un sermón o un regaño.

Sigue esperando, inútilmente. Una ráfaga de viento la golpea. Levanta su corta falda, percibe el frío. Decide que debe sentarse. En la parada ya no hay nadie. Está sola. La banca metálica hace un chirrido. A su izquierda hay un teléfono. Público. Ya no sirve. No hay quien lo use. Han sido olvidados. Sustituídos. Menospreciados.

Los minutos transcurren. Se resbalan. El camión aún no llega. No hay ninguna señal de que lo hará, ningún rastro. Su corazón late. No quiere aceptar aquella posibilidad. Vaga. Certera. Improbable. Piensa. ¿Hasta qué hora siguen pasando?

Su celular suena. Su madre. Entonces sí sigue despierta. Por supuesto, sigue despierta. Su dedo tiembla. Debería contestar. Debería, pero no puede. Algo la detiene. Miedo. ¿A qué? ¿Por qué? La vibración se extingue. Varios mensajes llegan. Insistentes. Cortos. Suplicantes. ¿Dónde estás? ¿A qué hora llegas? ¿Hija? Contéstame. Me tienes preocupada. ¿Dónde estás? Se repiten. Las palabras se repiten. Una y otra vez. Significan lo mismo. No son lo mismo.

Su celular vuelve a sonar. Casi se le cae. Acepta la llamada. Se lo acerca a su oído. ¿Mamá? No hay respuesta. ¿Mamá? Silencio. Se ha quedado sin batería. Vuelve a estar sola. En verdad sola. Mira calle arriba. Nada. No hay luces. No hay coches. No hay personas. Voltea al otro lado. Misma situación.

Se levanta. Ya no sabe la hora. No tiene reloj de pulsera. La última vez que checó faltaban veinte minutos para la media noche. Significa que lleva más de quince esperando. No suelen tardar tanto. No sabe qué hacer ahora. Esperar. Caminar. Vuelve a voltear en ambas direcciones. A su izquierda. Algo brilla. Algo llama su atención. Una luz verde. Verde fosforescente, verde radioactivo. El teléfono está funcionando.

Se acerca al aparato. Curiosa. Intrigada. Con una pizca de esperanza. Esperanza que pronto queda enterrada. No sabe el número de nadie. ¿Para qué? Su celular los tiene guardados. ¿Ahora qué? Se aleja del teléfono. A sus espaldas emite un ruido. Se gira. La luz se ha apagado. Se enciende, se apaga, se enciende. Parpadea. Intermitente, no. No tiene ritmo, no hay frecuencia. Vuelve a acercarse. El ruido sigue, es constante. Un zumbido.

Descuelga el teléfono. Lo acerca al oído derecho. El sonido se corta de repente. No oye nada. Lo acerca aún más. Nada. Se tapa el otro oído. Ahí está. Leve. Diminuto. Apenas audible.



Es viento. No. Un soplido. No. Una respiración. Inhalaciones largas. Exhalaciones cortas. Le falta aire. Un lamento.

Ella está por preguntar quién se encuentra del otro lado de la línea. Una luz la ciega. Pasa veloz, sin detenerse. Es el camión. Pasa sin más. Quizó el último. No lo escuchó llegar. Va tras él. Sacude ambos brazos. Corre. No la ve. Grita. No la oye.

Se tropieza. Cae, se raspa la rodilla. Lo ha perdido. Ha perdido el último camión.

Su corazón late. Rápido, sin detenerse. Un golpe, otro golpe, otro golpe. Incesante, imparable. El miedo sube hasta su garganta. La cierra. No respira, no puede. Su rodilla arde. Su rostro también, lágrimas. Detrás de sus párpados. Las detiene, las aguanta. No puede más. Ruedan por ambas mejillas, dejando un trazo. Igual que el camión. Ya no está, se ha ido.

Se incorpora, se soba la rodilla. Mira al cielo. Vacío, sin estrellas. Oscuro, tenebroso, asfixiante. El frío aumenta. Se levanta, cojea un poco. No importa, regresa a la banca. Se sienta. No sabe qué hacer, cierra los ojos. Está cansada, demasiado agotada. Ha sido una noche larga, muy larga, demasiado larga para ser real.

Entonces, de repente, escucha una voz. Se sobresalta y mira a su alrededor. No hay nadie. La voz, otra vez, ahí está. Voltea a su izquierda. El teléfono cuelga. Emite la voz, una aguda, acelerada. ¿Cómo es posible?



Se acerca, toma el dispositivo, se lo arrima a su oído. La voz se acentúa, se aclara. Es ligera, suave, femenina. Ella, apretando el teléfono, con fuerza, más fuerza, pregunta. ¿Hay alguien ahí? ¿Quién es? ¿Hola? ¿Me oyes? No hay respuesta. Vuelve a insistir. ¿Hola? ¿Me escuchas? Nada. La otra voz sigue parlotando. La ignora o no la escucha.

Ella se resigna a oír. Los segundos pasan. Las palabras, poco a poco, cobran sentido. Y la voz le es familiar. Extrañamente familiar. Hay unas pausas, esperando. Una respuesta. Está claro, habla con alguien más. ¿Sobre qué? No está segura. Parece algo trivial. Una salida, un plan. Con amigos. ¿A dónde? ¿Al cine? ¿Por un café? ¿Jugar boliche?

Está por averiguarlo, cuando... Un sonido se sobrepone. Intenso, borroso y desgarrante. Estática, a un volumen estruendoso. La voz es tragada por el ruido blanco. Como una cascada. Como una ola. Se alza y azota. Aumenta y disminuye. Y luego: silencio. Una leve lluvia salpicando la acera.

Otra voz aparece. No. Es la misma. Pero el ánimo ha cambiado. Ahora susurra. Está triste. ¿Por qué? No lo entiende. No encuentra sentido. Y de nuevo: estática. Silencio. Lluvia. Voz. Estática. Se repite. Como el cambio de estaciones en una radio. La señal se pierde. Se ajusta. Y se vuelve a perder. Cambiando de tono, cambiando de intención. De repente ansiosa. Otras veces apagada. Se le escapa una carcajada. Un suspiro. Un llanto. Pero siempre: la misma voz.

La identifica. Sabe a quién le pertenece. Tal vez desde el primer momento que la escuchó. Pero se negó. A aceptarlo, a creerlo. ¿Cómo es posible? Se pregunta. La voz sigue sonando. La ha oído antes. En grabaciones, audios y videos. Esa familiaridad, esa similitud. Un poco más alta en intensidad. Más segura y firme en lo que dice. Más... Madura. Es ella. Es su voz.

Con la verdad, los enunciados adquieren otra razón. Se vuelven, contradictoriamente, reales. Su pecho se ahueca. Dejando espacio a la imposibilidad. Y se hunde. En las alteridades de su propia vida. En lo que podría ser. En lo que podría convertirse.

Detrás de ella, sin percatarse, una sombra se desliza. Una figura alta, de hombros anchos, se posa, expectante. Pero, de espaldas, distraída

con su voz, ella no lo oye. Un parpadeo del poste de luz. Oscuridad. Por un segundo. Por un momento. Y ella ya no está.

En la parada, vacía, fría y silenciosa, el teléfono yace colgando. Como un péndulo. Balanceándose. De lado a lado. Izquierda y derecha. Derecha e izquierda. La línea se ha cortado. Quietud. La voz no se pronuncia más. Se ha ido.

Otras voces se alzan. No la de ella. No del teléfono. No de esa noche. No. De horas posteriores. Días. Semanas. Meses. Años. Una de esas voces sí es similar a la de ella. Es la de su madre. Llamando su nombre. Pero el tiempo sigue pasando. Deprisa. Incauto. Y ahora es tarde. Muy tarde. Demasiado tarde. Y aquel que era su nombre, se pierde. Sus letras se desordenan, se borran y se olvidan.



Ilustraciones por Max Adame

Mi amigo el viento

Pato Soni Dillman

Donde el viento soplaba, allí estaba él.

Y cuando el viento se fue, él esperó.

El sol brillaba sobre el mar, pero no quemaba; era un abrazo tibio, y en cada ola temblaban destellos, como trozos de estrellas que se habían soltado del cielo durante la noche.

El mar, en calma, respiraba en pequeñas olas frágiles. Ningún viento venía a alborotarlo; todo parecía detenido, a la espera de algo que no terminaba de llegar.

Si mirabas a tu alrededor, no verías tierra, ni montañas, ni oírías voces; solo agua besando el cielo, y una que otra nube blanca navegando sin prisa.

En medio de esa vastedad flotaba un pequeño barco blanco, con la pintura cayéndose en escamas, y un mástil que sostenía una vela zurcida.

A un costado, escrito con trazo tembloroso en pintura morada, un nombre: El Olivo.

Y en la proa, rendido al mundo como un viajero sin mapa, yacía Gio, un niño de no más de ocho años.

Gio miraba su reflejo: ojos color avellana salpicados de pecas, que lo miraban también desde el agua inmóvil.

Una gota cayó al mar. Luego otra. No fue hasta la tercera que entendió que eran suyas.

Suspiró.

Se recostó hacia atrás y giró el rostro de un lado a otro, buscando sin palabras un mensaje escondido en el horizonte.

Tenía los ojos hinchados, y el rostro rojo, como si hubiera guardado demasiado por dentro, por demasiado tiempo.

Finalmente, pasó su mano por su cabello castaño y dejó que el silencio del mar le respondiera.

Lo único que Gio escuchaba era la vieja madera del bote, crujiendo suavemente con cada respiro del mar. Solo el mar, y la madera.

Sin viento.

El mar.

La madera.

El mar.

¿Un golpe?



Gio se incorporó repentinamente, con el corazón sacudido, como si alguien hubiera dicho su nombre dentro de un sueño. Se sorbió la nariz y se limpió los mocos con la manga, sin prisa ni pudor, con esa franqueza que solo tienen los que ya no buscan impresionar a nadie.

Algo sonaba contra el costado del bote —una mano débil, quizá una garra—, apenas lo suficiente para hacerse notar. Gio se asomó por la borda, buscando el origen de aquel sonido.

El agua, antes clara, ahora parecía ensombrecida, como si alguien hubiera derramado una caja de tinta negra alrededor del pequeño barco.

Gio miraba aquel charco de oscuridad cuando el golpe sonó de nuevo, esta vez a su izquierda.

Y entonces lo vio.

Era como una rata, pero no del todo; más parecido a un conejo al que hubieran arrancado las orejas, dejando abiertas las heridas.

Sus ojos, rojos como brasas apagándose, y el poco pelaje que aún le cubría el cuerpo era negro.

Aunque su cuerpo era el de un conejo, su hocico era el de una rata.

—¿El viento te ha dejado varado aquí, en medio del mar? —preguntó el animal con una voz grave, que no parecía encajar en su cuerpo.

—El viento siempre vuelve —dijo Gio, con la voz algo ronca por el llanto—, pero nunca se había tardado tanto.

Gio miró a su alrededor, buscando alguna señal del viento. Pero todo estaba quieto.

Por un instante dudó que fuera a regresar.



Entonces la vio: una polilla negra, con las alas manchadas de polvo, descendiendo en silencio. Se posó sobre la vela de su pequeño bote, arrastrando consigo algo que el viento no había querido traer.

—Bueno, Gio, qué suerte que te encontré entonces —dijo el animal.

Gio parpadeó, como si eso bastara para alejar lo que sentía. Luego se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, despacio, sin ocultarlo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Gio, retrocediendo apenas, con la desconfianza temblando en sus ojos.

El animal rió, pero no fue una risa buena. No era la risa que se

comparte; era una risa que se guarda para uno mismo.

—Porque yo te conozco, Gio —dijo el animal—. Tal vez mejor de lo que tú mismo te conoces.

El animal ladeó la cabeza.

—Pero si te hace sentir más tranquilo, me presento. Yo soy Boris.

Gio lo miró de nuevo.

La voz de Boris era tranquila, casi dulce, pero su cuerpo temblaba, moviéndose de un lado a otro, luchando por mantenerse a flote sobre el mar oscuro.

Fue entonces que Gio notó las heridas: donde deberían estar sus orejas, solo había carne expuesta, viva, palpitante.

De aquellas heridas asomaban pequeños gusanos, casi invisibles. Al verlos, algo en el estómago de Gio se revolvió con fuerza; su desayuno parecía intentar subir solo, atraído por la misma repulsión.

—Te ves muy solo allá arriba —dijo Boris, con una voz dulce que escondía algo más oscuro—. ¿Qué tal si me dejas subir?

Gio miró al animal. Intentó que su rostro no mostrara el asco que sentía, demasiado educado como para decirle que no.

El agua se mecía apenas, pero el bote parecía quieto, suspendido.

—El viento no vendrá a salvarte —añadió Boris, sonriendo, los ojos clavados en los de Gio como si ya supiera algo que él aún no.

Gio dirigió la vista al horizonte. Una parte de él creyó en esas palabras.

Entonces, otra polilla aterrizó en la vela, junto a la primera.

Miró al bote. Miró a Boris. Luego al bote otra vez. Luego a Boris.

Había algo —algo dentro de él— que se resistía a confiar en aquel animal. Y aunque no dijo nada, su rostro lo traicionó.

—¿Qué haces aquí solo? —preguntó Boris, fingiendo interés. Lo justo para engañar a un niño.

Gio ignoró la pregunta, se puso de pie y empezó a caminar de un extremo a otro del pequeño bote. Boris seguía ahí, pataleando, cada vez con menos fuerza. Pero sus ojos —esos ojos rojos— no parpadeaban.

No se despegaban de él.

Como los de un depredador.

Uno que no corre hacia su presa, sino en espera a que se acerque.

—Solo vete —dijo Gio en voz baja. Tan baja como una oración que ni siquiera Dios escucharía.

Boris rió. No fue una risa amable, sino esa misma carcajada seca y hueca que había dejado escapar antes.



—No me voy a ir a ningún lado —dijo, con la voz afilada—. No como tu hermano.

Gio se quedó inmóvil.

Las polillas aletearon en la vela.

Por un momento, fue como si el aire se hubiera ido del mundo.

—¿Qué dijiste? —preguntó Gio. Su voz ya no era suya: era un hilo tembloroso que apenas salía de su garganta.

Boris respondió, pero sus palabras eran tan bajas que no se distinguían del sonido del agua.

Gio se acercó, como hipnotizado.

Se asomó por la borda.

Miró a Boris a los ojos.

Pero los ojos de Boris no se quedaban quietos. Eran dos orbes líquidos que crecían y se encogían, como si respiraran.

Y entonces lo sintió.

Estaba mojado.

Estaba hundido.

Estaba en el mar.

La oscuridad lo envolvía como tinta espesa. Y dentro de esa tinta, algo comenzó a tomar forma.

Una mesa.

Un sillón.

Un florero vacío.

Era su casa.

Gio estaba sentado en la sala. Su madre, en la cocina, preparaba la cena mientras sonaba la radio.

Alguien llamó a la puerta.

Su madre se enjuagó las manos para ir a abrir, pero su otro hijo la detuvo.

Gio lo vio. Lo vio todo como en cámara lenta.

Intentó gritar. Pero no tenía voz.

Intentó moverse. Pero el agua era plomo.

Él conocía este momento. Ya lo había vivido.

Su hermano abrió la puerta.

Dos hombres sin pelo, con chaquetas de cuero y lentes oscuros, lo esperaban.

No dijeron nada. Solo lo tomaron.

Y se lo llevaron.

Gio reunió fuerzas. Se levantó del sillón.



Y todo desapareció.

La mesa.

El sillón.

La imagen de su madre corriendo desesperada hacia la puerta fue lo último que vio antes de nadar.

Nadó hacia arriba.

Buscó la superficie con el pecho vacío. El agua, espesa, se abría como seda rasgada. Un rayo de luz lo guió desde lo alto, como un dedo señalando el camino. No pensaba. No temía. Solo quería volver a respirar

Emergió, jadeando.

Se acercó al bote. Trató de aferrarse a él, pero resbalaba.

Hasta que lo sintió:

Un viento, ligero pero firme, en la espalda le dio el impulso necesario.

Justo cuando estaba por subir, algo lo agarró de la pierna y lo jaló.

Gio se aferró a la borda.

No veía. Pero sentía.

Sentía los dientes.

El dolor.

La mordida.

Era Boris.

Con desesperación, Gio pateó con fuerza.

Y Boris lo soltó.

Subió al bote.

Sintió el sol sobre su piel, el agua escurriendo.

Las dos polillas seguían ahí, quietas.

Se tocó la pierna. Demasiado húmeda.

Alzó el pantalón.

No era agua.

Era sangre.

Se mordió el labio. Bajó el pantalón como si eso pudiera detener la herida. Como si cubrirla fuera lo mismo que curarla.

—¿Por qué me mordiste? — preguntó Gio, acercándose a la borda.

Boris nadaba en círculos, despacio, como si el agua lo contuviera con esfuerzo.



—Perdón —dijo, y su voz había cambiado. Ahora era más grave, más humana—. Estoy desesperado.

Sus dientes estaban manchados de sangre.

Esa sangre se mezclaba con el rojo espeso de sus ojos.

—¿Ya me dejarás subir?

Gio lo pensó.

Y en ese instante, una tercera polilla aterrizó en la vela.

—Tu hermano nunca volvió después de esa noche, ¿cierto? —dijo Boris, con un tono que no se podía leer. No sonaba cruel. Pero tampoco compasivo—. Yo creería que incluso ya vio a través del velo.

—Cállate —dijo Gio, apretando los puños. Respiraba con dificultad, como si el aire ya no le perteneciera.

—Tú también lo crees —insistió Boris—. Pero a ti te falta mucho para ver a través del velo. Eres joven aún.

Con alguien como yo a tu lado... podrías hacer grandes cosas.

Gio bajó la mirada.

Su pantalón estaba pegado a la herida.

Una mancha roja crecía, chorreando sobre la madera del bote.

—No puedo confiar en ti —dijo, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—¿Entonces confiarás en el viento que te dejó aquí, solo? —preguntó el animal.

Sus patas apenas lo mantenían a flote.

Y aun así, no se hundía.

Gio alzó la vista.

El cielo estaba cubierto, pero entre las nubes, unos hilos de sol se escapaban como si buscaran tocarlo solo a él.

—Sí —dijo con voz firme—, confío en el viento que me trajo aquí, en el viento que empujó este mismo bote cuando mi hermano y yo lo compartíamos. Confío en que ese mismo viento lo acompañó cuando cruzó el velo, y en que volverá cuando lo llame con el corazón sincero. Y cuando llegue, no será casualidad. El viento es mi amigo. Tú no.

Entonces, una brisa suave tocó su mejilla.

Ligera, apenas un susurro.

Pero suficiente para llevarse a las polillas, que se elevaron y desaparecieron.

—Ya estoy listo para sentarte de nuevo —dijo Gio, mirando al cielo.

Se acercó a la borda.

Abajo, Boris ya no parecía una amenaza. Solo un ser vencido.

—Y tú... tú te ahogará aquí. No seré tu comida.

Y en ese instante, el mar cambió.
Un viento como de tifón lo abrazó.
Las olas se alzaron, pero no con furia: con propósito.
El agua dejó de ser frontera.
Solo Gio lo vivió.
Solo él lo vio.
Pero él lo asegura:
Ese día, el viento —el mismo que alguna vez lo acompañó con su
hermano— lo llevó a navegar por los cielos.



Ilustraciones por Brenda Terán

Ojos

Simona Galdina

Sí, es él.

Sí, el de en medio.

Sí, ese que tiene los ojos vendados.

Sí, él es mi esposo.

Certulio y yo crecimos en el mismo pueblo. Él había sido un niño escuálido y muy reservado. Lo solía ver por los alrededores de la escuela telesecundaria con la cabeza baja. Alguna vez, entonces, me habría acercado a él y visto lo que hacía. No recuerdo cuántos eran, pero seguramente serían más de diez, quizás quince, no lo sé, pero sí recuerdo que a todos ellos les faltaba la cabeza. Criaturas pequeñas sin cabeza: lagartijas, ranas, ratas, víboras, viudas negras, y un cuerpo pequeño que aparentaba el de una cría de conejo. Creo que él nunca se enteró de que yo lo había visto. Estaba tan sumido en esa imagen que ni siquiera se percató.

Después lo volví a ver en el bachillerato. Aún seguía siendo serio y callado, pero ahora era más alto y correoso. Su carácter le sentaba bien: imponía respeto ante los adolescentes molestos que, al tenerlo de frente, le miraban hacia arriba y se alejaban. Recuerdo haberlo entrevistado para una actividad escolar. Recuerdo su suave y amable voz. Recuerdo su sonrisa, que nunca había visto. Recuerdo que comenzamos a hablar más a menudo. Recuerdo cuando me dijo que se iría a la escuela militar; eso me partió en dos. Recuerdo cuando me regaló aquel anillo de madera, tallado por él mismo, prometiéndome que se casaría conmigo apenas terminara su formación básica. Recuerdo pensar en él cada noche, mirando ese anillo. Recuerdo cuando regresó en aquel autobús azul. Recuerdo que su rostro era diferente, pero su mirada aún era la de aquel niño callado. Recuerdo ese beso. Recuerdo esa noche.

Me casé con Certulio en el mes de agosto de ese mismo año. Tuvimos una hija, Cecilia, una hermosa niña, sonriente y dulce, con unos ojos profundos, como los de su padre, su padre que tanto amaba, que tanto quería ver, pues Certulio fue ascendiendo de puesto en el Ejército Mexicano y ya casi no estaba en casa. Eso nos dolía a las dos, por eso nos pusimos tan alegres cuando Certulio nos dijo que dejaría su trabajo, que ya no formaría parte de la milicia y que iríamos a un pueblo de Sonora, que quería descansar en un lugar tranquilo donde hubiera buena comida y buena bebida. No sabe lo felices que fuimos al escuchar esas palabras. Por fin estaríamos juntos. Yo ahorré todo lo que pude y sabía que no sufriríamos por comida. Yo podía trabajar vendiendo algo o en

algún negocio pequeño, eso ya no importaba, no importaba nada. Lo único que importaba era que estaríamos juntos, que al fin seríamos felices.

Nada fue de tal modo. Al llegar a Sonora, compramos una cabaña pequeña en las afueras de un pueblo. Pero Certulio comenzó a estar cada vez menos en casa, aún menos que cuando trabajaba. Salía por las madrugadas y regresaba a altas horas de la noche. Empezó a perder peso; su apariencia se difuminaba cada que, por alguna extraña razón, coincidía que lo viera. Era casi irreconocible a lo que fue. Sus ojos, eso era lo que aún conservaba, esos ojos que daban ganas de llorar, tan tristes, tan oscuros y, desde entonces, tan ojerosos.

Meses pasaron de ese modo y un día estallé. Le grité y lo golpeé. No soportaba estar más ahí. Le dije que me regresaría con mi familia, a nuestro pueblo, con todo y Cecilia. Al principio él no le dio importancia, pero creo que fue mi firmeza la que lo hizo titubear, pues al hacer las maletas, arropar a Cecilia y disponirme a regresar, él me detuvo del brazo con fuerza, con esa fuerza que jamás creí que él —aquel niño de pasatiempos extraños, aquel joven delgado, él, Certulio— tuviera. Entonces volteé a verlo y vi esos ojos, aquellos ojos ya carcomidos por el cansancio, por las desveladas, aquellos ojos que tanto amaba, aquellos ojos lloraban. Él se derrumbó, sollozó inconsolable mientras nos pedía perdón a mí y a Cecilia. No supe qué hacer. No sabía lo que estaba sucediendo. Él siguió ese extraño comportamiento por alrededor de veinte minutos más y, después, calló de golpe, se limpió las lágrimas con la manga de su camisa y se dispuso a contármelo todo.

«Estoy metido en broncas bien gruesas, mi Chole. No tuve opción. Ellos me dijeron que las tenían ubicadas a ti y a la niña, a mis papás y hasta a los tuyos. Me obligaron. Yo no quería, pero era la única salida... Esos cabrones nos agarraron siguiéndoles los pasos y me perdonaron la vida con una condición... los tenía que entrenar... tenía que prepararlos con entrenamiento militar, tenía que enseñarles todo lo que sabía, todo lo que me enseñaron en la milicia... No podemos irnos, nos tienen bien checados... son esos de los que andan hablando en las noticias de la noche, son ellos... somos nosotros... soy parte de un cártel.»

Mi mundo se desmoronó. Solo sentí que yo me hacía pequeña, que mi realidad me aplastaba contra el suelo, que me oprimía hasta reducirme a polvo o menos, quizás, que no era nada. Lo abracé a él y a Cecilia. Él era el que más había sufrido, él era quien tuvo que aguantar todo ese peso tan grande por meses; yo no habría podido.

Poco después de que me dijera eso, Certulio desapareció y no supe más de él hasta que se publicó este video que circula en las redes.

Eso es todo.

En verdad, eso es todo. No hubo nada más. Más bien... no sé nada más.

No quiero saber nada más. Solo quiero olvidar. Sí. Quiero olvidar lo que pasó ese día. Quiero olvidar aquella mañana que entraron por la puerta esos hombres, esos hombres de negro. Quiero olvidar cómo nos llevaron en tres camionetas a aquella bodega enorme y fría. Quiero olvidar esas voces garraspadas que nos gritaban. Quiero olvidar los gritos de Certulio, esos gritos tan desgarradores que nunca creí que un ser humano, y menos él, pudiera producir. Quiero olvidar esos golpes y esas patadas. Quiero olvidar aquellos fríos tubos que me insertaron en el sexo y que me desangraron hasta desmayarme. Quiero olvidar que me dañaron permanentemente. Quiero olvidar que me arrancaron la posibilidad de tener más hijos, la capacidad de amar a alguien más, la habilidad de hablar con un hombre. Quiero olvidar ese sentimiento de asco, esas náuseas que me provoca el sentir una mano masculina, sus abrazos, su olor. Quiero olvidar la idea de que tal vez le hicieron lo mismo a mi Cecilia y que por eso ella ya no volvió a pronunciar una palabra jamás en su vida. Quiero olvidar que nos dejaron como animales a ella y a mí en una carretera desierta. Quiero olvidar aquel despertar en esa clínica verde, aquella vez que supe que él no estaba conmigo. Quiero olvidar la primera vez que lo volví a ver en ese video que circulaba por Twitter. Quiero olvidar su cara percutida y golpeada, llena de pavor. Quiero olvidar cómo le arrancaron la cabeza con esos machetes sin filo. Quiero olvidar que los hombres de negro de ese día no eran los mismos del video. Quiero olvidar esas palabras en plateado que tenían en la espalda. Quiero olvidar que decían “Gobierno de México” y no algún acrónimo de un cartel.

Pero, sobre todo, quiero olvidarlos a ellos, a ellos tan tristes y abismales.

Quiero olvidar todo, mas no puedo y jamás podré olvidar, y menos a ellos, a esos ojos.



El Auxiliado

Victoria López

‘Me estaba convirtiendo en ‘el auxiliado’ cuya definición perfecta es la de Ambroise Bierce, quien dice que es el ciudadano que sirve a su país viviendo en el extranjero sin ser un embajador’.

Augusto Ro Bastos.

Una vez más estaba frente a sí mismo. El reflejo de un espejo le mostraba su rostro ajado por los años, las canas se habían multiplicado durante su viaje a Madrid. Se ajustó la corbata y por un momento permaneció en silencio, mirando su reflejo, sus ojos hundidos en una inquietante profundidad parecida al abismo. Una espiral de recuerdos emergió y, como realidad latente, se vio de nuevo, en la penumbra del tanque de agua. Su corazón, agitado por el deseo de supervivencia, hacía sonidos semejantes a los tambores indígenas, temía ser escuchado y que esa taquicardia lo delate ante los ‘pynandi’ (pies descalzos) que entre el sigilo y la maldad se movían como sombras fascistas destruyendo todo su hogar a su paso.

—¡Acá no está! —grita una voz

—¡Este hijo del mal! —responde ofuscado otra voz

El ruido inquietante de armas, gritos y cristales rotos continuó por unas dos horas más, hasta que una voz severa les indica la retirada.

Acompañaba esa noche una tenue lluvia que se mezclaba con el calor y la humedad de la vieja Asunción de 1947; las calles de barro y la poca luz daban signos de la postguerra.

El tanque de agua estaba cargado a medias de su capacidad. Él, en posición fetal, intentaba abrazarse a sí mismo nuevamente en la huida. Ese día el tanque sería, como el útero de su madre, una guarida para volver a nacer.

El escritor permaneció inmóvil, elucubrando alguna salvación al Dios todopoderoso conforme le inculcó su tío, el obispo. Allí, oculto de los déspotas, de la soberbia, de la prepotencia, de la envidia... Estaba solo, solo consigo mismo, algo aún más inquietante.

Frente la incertidumbre de la vida y la muerte —Al menos he dicho y hecho lo correcto como todo hombre que cree en la libertad y la

igualdad para todos— se decía como una forma de auto consuelo ante los pensamientos de tortura que le adelantaba su mente en premonición.

—Gracias a Dios tuve a las letras, ellas cantarán la verdad en todos mis libros, aunque yo no esté en la tierra—calló súbitamente en ese soliloquio, un frío helado entumeció su piel como un rayo de intuición sobre un futuro laureado, recobró valentía al segundo día, logrando salir sigilosamente de su guarida, apresuró los pasos hacia la Avenida Mariscal López donde buscó asilo en la arquidiócesis, hogar de su tío el obispo. Retumba en sus oídos el recuerdo del padre nuestro, repetido incesantemente por su familia hincada de rodillas con rosarios en sus manos, esperanzados de que siga con vida. Al verlo, se apaciguó la trémula fe en la que yacían, estallando en júbilo que enunciaron su victoria momentánea. Hizo caso de los consejos y preparó su maletín de cuero marrón cargando dos pantalones, una camisa blanca y una carpeta con cuartillas de un manuscrito recién iniciado, fue ante el espejo y se colocó la boina. Allí, ante sí mismo de nuevo, mirando su reflejo....

—Ya debemos ir al paraninfo, excelentísimo Sr. Rodríguez—le dijo una voz como eco desde el fondo de su contemplación. El escritor despierta de sus recuerdos.

—Estamos en 1990, la vida es un constante olvido obligado—dijo a su reflejo trajeado con una reluciente medalla de oro fundido, esa que le había entregado el Rey de España hace unas horas allá en Alcalá de Henares.



Ilustración por Brenda Terán

A ti, Emilio

Alejandro Avila

Para cuando escribo estas palabras, habrán pasado ya unos varios meses desde su partida. El solo mencionar su nombre me incomoda sobremanera, pues sé muy bien que hay otras tantas personas que bien tienen merecido hablar de él libremente —entre las que reconozco que no me incluyo—, y, aun así, me tomo la libertad de usar lo acontecido para conversar de algo que comprendería por completo que se viera como “de muy mal gusto”.

He de decir que no conviví mucho con él, por no decir que nuestras interacciones eran muy ocasionales. A diferencia de otros, no llegué a conocerlo tan a profundidad como para dar un veredicto entre si me agradaba o no, pero puedo decir que, con lo poco que lo traté, demostraba ser una buena persona; no niego que pudiera haber una que otra cosa cuestionable en su historial, pero si afirmo que podía afrontar las situaciones más caóticas que alguien puede experimentar de una manera sumamente calma, algo en lo que coincidimos él y yo varias veces.

Mi relación con la muerte es un tema complejo del que podría hablar horas y horas, pues habiéndome criado desde pequeño entre hospitales y entierros, la división entre la vida y lo que le sigue después se torna pronto difusa y, por tanto, el valor que se le da a la misma. Con esto en mente, no es de sorprender que mi reacción primera al enterarme fuera una indiferencia sepulcral que hizo que hasta mis padres me vieran con extrañeza. Por el contrario, más que lamentarme por su partida —que como toda persona que fallece lamento por lo que significa el que se pierda una vida—, pensé primero en su madre, quien no imagino, a día de



hoy, lo que debió de sentir al afrontar dos pérdidas en tan poco tiempo; y luego en su pareja, a quien durante ese tiempo que compartí con ellos y otros frecuenté y reconocí como mi amiga. Pensé entonces en todas las personas que había dejado atrás, en toda esa gente que se afligiría al enterarse de no haberlo hecho ya, y es así que desde ese instante me carcome por dentro la indiferencia inicial que sentí; al final del día, fue la muerte de alguien con quien había interactuado en más de una ocasión, una figura presente en mi entorno durante un año y medio; entonces pienso si el error es mío, si es justificado mi sentir o si es ambas cosas.

Descubrí, a partir de ese momento, que el respeto con el que veo la vida es muchísimo menor de lo que pensaba, algo que explicaría mi forma de ser tan temeraria y errática; sin embargo, me di cuenta también de que, gracias a lo ocurrido, y de forma irónica, empaticé con él y otras personas, sí, pero a mi manera, una que reconozco puede ser considerada nefasta. Quizás sea todo cosa de un autocastigo involuntario al ser consciente de como percibo las cosas, tanto como puede ser mi subconsciente tratando de comprender relaciones humanas más allá del amor y la felicidad.

Una muerte que, en todo caso, no tuvo por qué ocurrir; una persona que, de alguna forma, he de inmortalizar.



Ilustraciones por Diana Sánchez



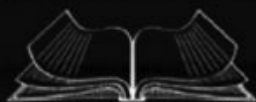
¿QUIERES PUBLICAR?

ENVÍANOS TU PRODUCCIÓN

EN PROSA, VERSO O MATERIAL VISUAL
EN BLANCO Y NEGRO

consulta las bases en
www.porescrito.org/convocatorias

PRETEXTOS LITERARIOS POR ESCRITO



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

*¡Revista Por Escrito te invita a explorar
los siguientes puntos de distribución!*

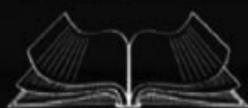
- Casa del Poeta
- Restaurante Azul Condesa
- FCE, Rosario Castellanos
- Biblioteca Nacional de Antropología
- Museo Tamayo
- Centro de Lenguas Universidad Panamericana
- Biblioteca IBBY
- Centro Cultural Juan Rulfo
- COLMEX
- El Sótano
- Museo de la Acuarela

¿Interesado?

CONTACTO@PORESCRITO.COM



PRETEXTOS LITERARIOS POR ESCRITO



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Revista Por Escrito te invita a explorar
los siguientes puntos de distribución!

- Universidad del Claustro de Sor Juana
- Hotel Isabel
- Museo del Estanquillo
- Museo Archivo de la Fotografía
- AECID
- Museo José Luis Cuevas
- Museo de la Mujer
- Antiguo Colegio San Ildefonso
- Museo Memoria y tolerancia
- Librería Educal, Bellas Artes
- MUNAL
- Casa Lamn

¿Interesado?

CONTACTO@PORESCRITO.COM



Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Mesa de Edición y Arbitraje

Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (f)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Vania Sosa Rios
vania@porescrito.org

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada

Identidad,
Ignacio Navarro

Radio

Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio

Daniel Nawy Cid
Fausto Maximiliano Adame Pérez
Erandi Guadalupe Lozano Velázquez

Cuarto de Guerra

Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital

www.porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 7378 8336



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. **Pretextos Literarios Por Escrito** es una revista bimestral. Número cincuenta y ocho. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Octubre-Noviembre de 2025.**



También estamos en:



55 7378 8336



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



Revista Por Escrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac – Código Libre – Radio C
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"Cuéntame una historia.

*En este siglo y momento de manía,
Cuéntame una historia.*

Conviértalo en una historia de grandes distancias y luz de estrellas.

*El nombre de la historia será Tiempo,
Pero no debes pronunciar su nombre.*

Cuéntame una historia de profundo deleite."

**Cuéntame una historia,
Robert Penn Warren**



POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir